



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO *ÁNGELUS* Plaza de San Pedro

Domingo, 1 de julio de 2018 [\[Multimedia\]](#)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (cf. *Marcos* 5, 21-43) presenta dos prodigios hechos por Jesús, describiéndolos casi como una especie de marcha triunfal hacia la vida.

Primero el Evangelista narra acerca de un cierto Jairo, uno de los jefes de la Sinagoga, que va donde Jesús y le suplica ir a su casa porque la hija de doce años se está muriendo. Jesús acepta y va con él; pero, de camino, llega la noticia de que la chica ha muerto. Podemos imaginar la reacción de aquel padre. Pero Jesús le dice: «No temas. Solamente ten fe» (v. 36). Llegados a casa de Jairo, Jesús hace salir a la gente que lloraba —había también mujeres dolientes que gritaban fuerte— y entra en la habitación solo con los padres y los tres discípulos y dirigiéndose a la difunta dice: «Muchacha, a ti te digo, levántate» (v. 41). E inmediatamente la chica se levanta, como despertándose de un sueño profundo (cf. v. 42).

Dentro del relato de este milagro, Marcos incluye otro: la curación de una mujer que sufría de hemorragias y se cura en cuanto toca el manto de Jesús (cf. v. 27). Aquí impresiona el hecho de que la fe de esta mujer atrae —a mí me entran ganas de decir «roba»— el poder divino de salvación que hay en Cristo, el que, sintiendo que una fuerza «había salido de Él», intenta entender qué ha pasado. Y cuando la mujer, con mucha vergüenza, se acercó y confesó todo, Él le dice: «Hija, tu fe te ha salvado» (v. 34). Se trata de dos relatos entrelazados, con un único centro: la fe, y muestran a Jesús como fuente de vida, como Aquél que vuelve a dar la vida a quien confía plenamente en Él. Los dos protagonistas, es decir, el padre de la muchacha y la mujer enferma, no son discípulos de Jesús y sin embargo son escuchados por su fe. Tienen fe en aquel hombre. De esto comprendemos que en el camino del Señor están admitidos todos: ninguno debe sentirse un intruso o uno que no tiene derecho. Para tener acceso a su corazón, al corazón de Jesús hay un solo requisito: sentirse necesitado de curación y confiarse a Él. Yo os pregunto: ¿Cada uno de vosotros se siente necesitado de curación? ¿De cualquier cosa, de cualquier pecado, de cualquier problema? Y, si siente esto, ¿tiene fe en Jesús? Son dos los

requisitos para ser sanados, para tener acceso a su corazón: sentirse necesitados de curación y confiarse a Él. Jesús va a descubrir a estas personas entre la muchedumbre y les saca del anonimato, los libera del miedo de vivir y de atreverse. Lo hace con una mirada y con una palabra que los pone de nuevo en camino después de tantos sufrimientos y humillaciones. También nosotros estamos llamados a aprender y a imitar estas palabras que liberan y a estas miradas que restituyen, a quien está privado, las ganas de vivir.

En esta página del Evangelio se entrelazan los temas de la fe y de la vida nueva que Jesús ha venido a ofrecer a todos. Entrando en la casa donde la muchacha yace muerta, Él echa a aquellos que se agitan y se lamentan (cf. v. 40) y dice: «La niña no ha muerto; está dormida» (v. 39). Jesús es el Señor y delante de Él la muerte física es como un sueño: no hay motivo para desesperarse. Otra es la muerte de la que tener miedo: la del corazón endurecido por el mal. ¡De esa sí que tenemos que tener miedo! Cuando sentimos que tenemos el corazón endurecido, el corazón que se endurece y, me permito la palabra, el corazón momificado, tenemos que sentir miedo de esto. Esta es la muerte del corazón. Pero incluso el pecado, incluso el corazón momificado, para Jesús nunca es la última palabra, porque Él nos ha traído la infinita misericordia del Padre. E incluso si hemos caído, su voz tierna y fuerte nos alcanza: «Yo te digo: ¡Levántate!». Es hermoso sentir aquella palabra de Jesús dirigida a cada uno de nosotros: «yo te digo: Levántate. Ve. ¡Levántate, valor, levántate!». Y Jesús vuelve a dar la vida a la muchacha y vuelve a dar la vida a la mujer sanada: vida y fe a las dos.

Pidamos a la Virgen María que acompañe nuestro camino de fe y de amor concreto, especialmente hacia quien está en necesidad. E invoquemos su maternal intercesión para nuestros hermanos que sufren en el cuerpo y en el espíritu.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Renovando mi oración por el amado pueblo de Nicaragua, deseo unirme a los esfuerzos que están realizando los obispos de este país y tantas personas de buena voluntad, en su rol de mediación y testimonio para el proceso de diálogo nacional en curso en el camino a la democracia.

La situación en Siria sigue siendo grave, especialmente en la provincia de Daraa, donde las acciones militares en los últimos días también han afectado a escuelas y hospitales, y han causado miles de nuevos refugiados. Renuevo, junto con la oración, mi llamamiento para que a la población, ya duramente extenuada durante años, se le ahorre más sufrimiento.

En medio de tantos conflictos, es necesario señalar una iniciativa que puede definirse como histórica, y también podemos decir que es una buena noticia: en estos días, después de veinte años, los gobiernos de Etiopía y Eritrea han vuelto a hablar sobre la paz juntos. Que este encuentro pueda encender una luz de esperanza para estos dos países del Cuerno de África y para todo el continente africano.

Aseguro mi oración también para los jóvenes desaparecidos desde hace más de una semana en una cueva subterránea en Tailandia. El próximo sábado iré a Bari, junto con muchos jefes de Iglesias y comunidades cristianas de Oriente Medio. Viviremos una jornada de oración y reflexión sobre la situación siempre dramática de esa región, donde tantos de nuestros hermanos y hermanas en la fe continúan sufriendo, e imploraremos una sola voz: «La paz contigo» (*Salmo* 122, 8). Les pido a todos que acompañen con la oración esta peregrinación de paz y de unidad.

Dirijo mi saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos. Saludo en particular a los fieles procedentes de Portugal y a los sacerdotes del Instituto *Sacerdos del Pontificio Ateneo Regina Apostolorum*; así como las Hermanas Franciscanas de Penitencia y Caridad Cristiana de Polonia, y los fieles de Irak.

Saludo a los grupos y asociaciones parroquiales; a las Hermanas Misioneras de Nuestra Señora de los Apóstoles, al grupo de jóvenes de la unidad pastoral de Gallio, a la diócesis de Padua, a los jóvenes demócratas de la parroquia Maria Himmelfahrt en Schattdorf y a la familia espiritual de la Preciosísima Sangre de Cristo, a quienes está especialmente dedicado el mes de julio.

Os deseo a todos un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!